



LA EDUCACION.

Ved sobre la rama del árbol frondoso la aérea vivienda del cantor de los bosques. La amorosa madre, con pródigo cariño, ofrece el dulce calor de su regazo á sus hijuelos, que acaban de romper la prision que encerraba el arcano de su vida. ¡Dichosa madre! No cabe ponerlo en duda: sus tiernos hijos, esos séres maravillosos que en el bautizo universal de la naturaleza recibieron el armonioso nombre de ruiseñor, serán, como lo fué su primer padre desde el origen del mundo, la alegría de la primavera, el embeleso del verjel y de la floresta.

¿Qué encierra ese boton misterioso que se columpia blandamente sobre su flexible tallo en medio de un encantador mosaico de flores, maravilloso artefacto de la primavera? ¡Portentos de la naturaleza! Pronto el precioso capullo descoge-

rá su corola, á la que presta el iris sus variados y vivísimos colores, y su aroma suavísimo, embalsamando el ambiente, anunciará el nacimiento de la rosa, del clavel, del jazmin. Así se ostentan desde el primer dia de la creacion las vistosas flores; así se irán reproduciendo con igual primor hasta que muera y se aniquile todo lo creado.

Mirad cuál suspensa y arrobada contempla la madre el plácido sueño de su hijo recién nacido. La madre acalla sus vagidos, depositando en los labios del tierno niño el dulce néctar que le da la vida. Pero ¡horrorosa incertidumbre! Ese hijo adorado, ¿será un ángel, será un monstruo? ¿Quién puede afirmar que su alma será albergue de hermosas virtudes, como promete gorjeos el ruiseñor que acaba de sacudir la cáscara del huevo, y fragan-

cia la flor que se abre á los besos del sol? Pero una esperanza alienta y conforta á la angustiada madre. Delante de sí tiene dos libros abiertos. En el uno lee: «Enseña á tu hijo á amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo.» En el otro: «Cultiva la inteligencia y purifica el corazón de tu hijo.»

¡Feliz ella si recuerda que no siempre el hombre nace perfecto como la rosa y como el ruiseñor! ¡Feliz ella si sabe guiar y dirigir á su hijo por la senda que le trazan la religion y la moral!

Mil veces sobre todo venturoso el instante en que, penetrado de amor y gratitud el pecho del hijo, le diga

á su madre: «Madre mia, tú te consagraste con ardor sublime al cumplimiento de tu sacrosanta misión. Tú me has enseñado á amar á Dios; tú has sembrado en mi alma la semilla del bien. Yo remuneró tu cariño y tus desvelos maternos alimentando en mi corazón puras y santas inclinaciones; yo practico todas las virtudes que de tu alma se transmitieron á la mía. Tú suspendiste sobre mi vida una guirnalda con las flores de la educación; yo he tejido para tu vejez una corona de alegrías y consuelos, precursores de los gozos que te aguardan en el cielo.

EUSEBIO FONT Y MORÉSSO.

EL VIEJO Y LA VIEJA.

FÁBULA (1)

Es el caso que un anciano
Presentóse en una aldea,
Ofreciendo dar á todos
Saber, virtudes, riquezas.

Quién le tomaba por loco;
Quién despreciaba su oferta;
Mientras que tranquilo él
Continuaba su carrera.

Desapareció del pueblo,
Y, aunque se notó su ausencia,
Nadie cuidó de saber
Su origen, nombre ni secta.

Pasaron varias semanas,
Cuando apareció una vieja
Preguntando el paradero
Del viejo de las promesas.

Y como ninguno supo
Darle cumplida respuesta,

Vengó sus iras matando
A cuantos quiso, en la aldea,
Diciendo con voz de trueno:
«Aprenda el que no lo sepa.
Ese que pasó es el Tiempo,
Jamás esperéis que vuelva;
Los bienes que os prometió
Despreciásteis con torpeza,
Y yo, que sigo anhelante
Por todas partes su huella,
Soy la Muerte, que destruye
Cuanto en el mundo se crea.»

*Tened presente el aviso
Que este cuento nos recuerda,
Y haced buen uso del Tiempo
Hasta que la Muerte venga.*

BRÁULIO MELLADO.

(1) De una muy apreciable colección de *Fábulas* del poeta lorquino Sr. Mellado, publicada en 1879.

LABORIOSIDAD.

Contra el triste desengaño
Que nos llena de dolor,
Legando al pecho abatido
La duda tras la afliccion:

Contra las mil amarguras
Que van de la vida en pos,
Robando la paz del alma
Y la dicha al corazon:

Contra el vicio que amenaza,
Contra la torpe pasion,
Contra el hambre, la miseria

Y el infortunio mayor,

Hay escudo de tal temple,
Que do quiera resistió,
Sin mella alguna, los golpes
De la suerte y su rigor:

El escudo del trabajo
Que, en amarga situacion,
Al alma presta consuelo
Y le da al pecho valor.

E. CEBALLOS QUINTANA.

EL LEVITON VERDE.

Recuerdo que su leviton era mé-
nos verde que largo y mal cortado,
y que algunos pretendian haber
descubierto el año de su primera
confeccion, época que remontaban
á la juventud de su tatarabuelo. Si
hubiéseis preguntado á los investi-
gadores de qué medio se habian va-
lido para hacer tan importante des-
cubrimiento, os hubieran dicho que
de la tradicion.

Pero no hay que creerles: los
principales cronistas del tiempo del
creador ascendiente nada dicen, y
los antepasados callan respecto de
este punto.

Todo induce á creer que el origen
de tan histórica prenda, á seme-
janza del de los mayores imperios,
está envuelto en la noche de lo des-
conocido.

Parece que le estoy viendo; ¡po-

bre D. Tiburcio! era todo una bue-
na persona. Es verdad que prestaba
al ciento por ciento y sobre prenda;
pero, señor, lo que él decía: ¡esta-
ban tan malos los tiempos! ¡hay
tanto pillo en el mundo!...

Pero si sus razonamientos no
bastasen para creerle todo un buen
sujeto, nosotros diremos que no
hemos visto persona más económi-
ca. Tenía, ¡qué se yo las talegas de
dinero que tenía! Hubiera podido
hacer un palacio de oro para los
pobres; pero D. Tiburcio era un
buen hombre, y tal cosa no se le
pasó por la imaginacion.

Tenía tanto dinero y ¡era tan
escaso su alimento!... ¡Pobre don
Tiburcio! lo que él decía: ¡para este
miserable cuerpo bastan un leviton
y unas sopas! Y el pobre lo creeria
de buena fe, porque los dedos de los

piés salían, como repugnantes coquetas, á asomarse á las ventanas que en sus remendadas botas hicieron el tiempo y el ejercicio.

Para que Vds. no tengan duda de si era honrado, básteles saber que nunca había tenido ocasión de dejar de serlo.

En una noche oscura de invierno, D. Tiburcio andaba el largo corredor á cuyo extremo estaba su nicho (como él con razón decía), y llegado que hubo á la puerta, buscó con ambas manos la cerradura, deshizo las cuatro vueltas de la llave y entró.

Raspó un fósforo contra la pared, dejando en ella una línea de humeante fuego, que desapareció cuando la pálida llama brotó entre los huesudos dedos de D. Tiburcio, quien la comunicó á una vela que estaba plantada en un agujero practicado en la mesa.

Volvió á la puerta por donde había entrado, cruzó las barras que la aseguraban, y marchó tranquilo á la cama (si tal nombre merecen dos patas de hierro que sostienen tres carcomidas tablas que conservaban, por algunos lados, su pintura de verde), donde, sentándose, murmuró con voz desfallecida:

—Descansemos.

Componían la habitación que á la luz de la vela se veía, cuatro paredes, que serían pintadas con cal por los antecesores del primer due-

ño del leviton verde, sin más adorno que los dibujos que proyectaban las sombras de los objetos: no tenía más puerta que la que dió paso á D. Tiburcio, y ninguna ventana ni claraboya la comunicaban con el resto del mundo, por más que esto era difícil, pues la casa era la más vieja y apartada del barrio más distante de Madrid. Se decía que las otras tenían miedo y que huían de ella.

D. Tiburcio no había dicho á nadie la edad que tenía; pero no bajaba de setenta años á juzgar por su pelo blanco, sus mejillas descarnadas y llenas más que de arrugas de pliegues, y los pocos dientes que mostraba cuando en sus soledades se sonreía.

Los chiquillos del barrio ni le apedreaban siquiera, y hubieran preferido estar encerrados en la carbonera á verse con él cara á cara.

¡Tal era el miedo que le tenían!

Era el día de su santo, y una vecina pobre del corredor había mandado á su hijo, —pobrecito niño de cuatro años, —al cuarto de D. Tiburcio.

Iba el niño más pálido que la muerte.

Llegó ante la puerta, vaciló, y por fin, quizá temiendo más á su madre que á D. Tiburcio, dió dos golpecitos con la mano.

—¿Quién es? —preguntó D. Tiburcio con voz de trueno.

El niño estuvo á punto de llorar de espanto.

—¿Quién es?—volvió á preguntar el dueño del leviton verde, y salió á recibir al importuno.

—Vecino, que los tenga Vd. muy felices,—dijo el pequeñito con voz apenas perceptible.

—Sí, felices, felices,—gruñó el viejo,—¡como no te vayas pronto, te voy á dar unas felicidades!...

Y sin decir más aplicó al niño un soberbio puntapié, le puso en medio del pasillo, entró en su cuarto y cruzó las barras.

Era la noche del día de su santo, aquélla que entró en su cuchitril á tiempo que el reló de una torre sonó muy léjos. Daba las once.

La llama de la vela era roja como la sangre.

—Descansemos,—volvió á murmurar D. Tiburcio.

Y se dispuso á ello, para lo que empezó por quitarse el famoso leviton de paño verde, que colgó con el mayor cuidado en un clavo que en la pared habia.

Tumbóse sobre las tablas y dirigió involuntariamente la vista sobre su leviton colgado.

¡Qué horror! Vió que el leviton crecía y crecía, y que por sus mangas asomaban unas manos amarillas y largas, y que por su cuello se levantaba lentamente una cabeza calva y flaca que subía trayendo tras sí una cara horrible y asquerosa.

D. Tiburcio sintió que se le helaba la sangre, y aunque quiso hablar, su voz se heló tambien en su garganta.

Por debajo del leviton salieron dos piernas largas y delgadas que se adelantaron hácia la cama.

—¿Qué quieres de mí? ¿Quién eres?—preguntó D. Tiburcio lleno de pavor, apretando contra su pecho tembloroso las llaves de las arcas en que guardaba sus tesoros.

El espectro, sonriendo de una manera horrible y con una voz sin inflexiones, contestó:

—¿No me conoces?... Yo soy tu tatarabuelo, el primitivo dueño de este leviton.

—¿Qué quieres?... No te acerques tanto, que te tengo miedo.

—Quiero que me sigas.

Y sin esperar contestacion, empezó á andar llevándose tras sí á don Tiburcio, que en vano se oponia asiéndose á los muebles y á las paredes.

Cruzó todo el corredor y descendió por una escalera oscura, desconocida por D. Tiburcio.

Bajaban y bajaban, y nunca encontraban el fin. Despues de una hora de descenso, D. Tiburcio, jadeante y con más pavor que nunca, vió que el fantasma llamó con sus huesudos piés sobre la cubierta de una trampa que habia en el suelo.

La trampa se abrió como movi-

da por un resorte, y otra escalera se apareció ante su vista.

Descendió arrastrado por la influencia que en él ejercía su antepasado, hasta que se hallaron en una lóbrega cueva.

Allí se encontró con otros dos espectros más, que tenían levitones iguales al que el fantasma había sacado de su habitación.

—Yo—dijo uno al verle entrar, lanzando una histérica carcajada—soy tu abuelo, á quien no conociste.

A D. Tiburcio le pareció que tenía la misma cara que él.

—Yo—le dijo el otro—soy tu padre. Por acrecentar mis tesoros me olvidé que tenía un hijo. ¡Já! ¡já! ¡já!

Y comenzaron los tres á tirarle puñados de oro que él cogía con ansia.

Pero ¡ay! D. Tiburcio notó que el oro aquel quemaba más que todos los tizones del infierno.

Rugía como fiera herida y arrojaba con desprecio el metal que tanto daño le hacía.

—¡Piedad! ¡Piedad de mí, no darme más oro, lo desprecio!

Pero los espectros seguían atormentándole, acogiendo sus quejas con sardónicas carcajadas.

—Ven,—le dijo uno,—inclínate al suelo y mira por ese agujero oscuro.

Obedeció D. Tiburcio, y vió todas las víctimas de su rapacidad que se

morian de hambre, presas de horribles convulsiones.

—¡Ay!—dijo—¡dejadme salir de aquí, yo quiero remediar todo!...

—Mira por este otro,—le dijo su padre.

Vió, con el semblante descompuesto, una habitación pobre del corredor que habitaba, y en ella llorando á su vecina ante el cadáver del hijo á quien él con tanta crueldad había tratado. ¡Había muerto de resultas de su golpe!

—¡Dejadme, por piedad,—gritó el miserable viejo,—salir de este infierno! yo lo remediaré todo, yo le haré rico, yo...

—Mira,—le dijo su abuelo,—y le condujo á otro agujero.

Allí, al ver su propio cuarto, solo y triste y en él á un hombre muerto, tendido sobre las tablas de su miserable cama, hombre que se parecía á él en todo, sin otra compañía que la de las asquerosas ratas que sobre él se paseaban, cayó al suelo sin sentido.

.

Al amanecer del otro día despertó D. Tiburcio en su cama.

Lo primero que hizo fué dirigir medrosas miradas al leviton que permanecía colgado en el clavo.

En su semblante descompuesto se dibujaba el insomnio.

¡Cosa extraordinaria! Lo primero que hizo al salir de su cuarto fué llamar en el de la vecina pobre.

—¿Quién?—respondió una voz infantil.

—Yo, hijo mio, abre.

Pero D. Tiburcio sintió que unos menudos piececitos corrian hacía dentro.

Al salir la madre:

—Señora,—dijo,—déle Vd. á su pequeñin para que compre golosi-

nas, y dígale que luégo le traeré más y un trajecito nuevo.

D. Tiburcio ha cambiado por completo.

Los poetas más audaces no se han atrevido á calificar su espléndida conducta.

PEDRO GROIZARD.

GALERÍA DE DESGRACIADOS.

V.

Un autor dramático.

—¡Gracias á Dios!.. ¡Ya está el drama!
¡Qué hermoso el acto tercero!..
¡Qué monólogo el del Conde!
¡Qué escena la de Pacheco!
Si el actor sabe decirlas,
Tengo un éxito soberbio.
En el papel de la dama
Hay detalles *estupendos*.
Si la empresa lo recibe
Con el agrado que espero,
Me voy á poner las botas
Cuando cobre el diez por ciento. —
Esto decía un amigo,
De los muchos que yo tengo,
Dando la última plumada
En un manuscrito inmenso.

—¿Está el señor empresario?

—Sí, señor; está comiendo.

—Volveré.

—Cuando usted guste.

—Hasta despues.

—Hasta luégo.

Y el pobre autor aburrido
Por tan leve contratiempo,
En el poste de la esquina
Se sienta á tomar el fresco.

Pasaron treinta minutos,
Treinta minutos eternos...
Y otra vez al mismo sitio

Camina con paso trémulo.

—¿Acabó ya?

—Sí, señor.

—¿Podré verle?

—No lo creo.

La mejor hora es la una,
¿Sabe?.. despues del almuerzo.
Y hace un gesto el buen señor;
El autor traduce el gesto,
Y haciendo una cortesía
Váse las uñas mordiendo.

—¿Y es este el drama?

—Es el drama.

—¡Si es un romance de ciego!..
Venir hablando á estas horas
De castillos y de espectros,
Y de tósigo y puñales,
Y de dueñas y escuderos!..
Si fuera una piececita,
De esas que hay... de movimiento,
En que bailara el gracioso...
—Precisamente hoy la empiezo...
Si quiere usted que la traiga...
—Bien; pues traígala y veremos.

—¿Lo ve usted? Esta me gusta.
No es decir que tenga mérito,
Pero quitándole algo
Que me parece superfluo...
—Está bien... En el ensayo...
¿Y cuándo se hará?

—La haremos
Cuando acabe este tragin...

¡No sabe usted lo que es esto!

—¿Cuándo copian mi sainete?..
—Pero hombre... ¡si no hubo tiempo!..
—¡Pues si hace tres meses!

—¡Bahl..

¡Qué impaciente!

—¡Vive el cielo!..

—¿Conque ya todo es inútil?..
—Hombre, sí. ¡Cuánto lo siento!..
Acaba la temporada...

El miércoles...

—¡Ya lo ve!..

¡Y estuve así siete meses
Para llevar tal camelol..
Déme usted mi manuscrito.
—Sí, señor, lo buscaremos.
—¡Maldita suerte la mía!..
Pido blanco y sale negro.
—Es que como gustó tanto
«La barba del Rey Alberto»
Y tiené magia... y hay coplas
De tanta miga y salero...



No se ha mudado el cartel,
Y hemos cerrado con esto.

—
Y hace dos ó tres semanas
Que el pobre autor inexperto
Me escribió desde Chinchon
Una carta en estos términos:
«Aquí me tienes metido
Para siempre, en este pueblo
Donde el aguardiente abunda
Y donde no se oyen versos.
¡Malhayan las tristes horas,
Que con espanto recuerdo,
Que he perdido entre romances
Y elegías y sonetos!..
Aquí, donde no hay empresas,
Ni actores, ni gatuperios,
Ni monopolios infames,

Literarios, por supuesto,
Viviré libre y tranquilo
Sin calentarme los sesos,
Ni dar pasto á gacetillas
De periodistas malévolos...
¡Te compadezco, Juanito!..
Juanito... ¡te compadezco!..
No hagas comedias, ni dramas;
Reniega, cual yo reniego,
De cómicos y empresarios,
De bastidores y atrezzos...
Y ve que todo es pintura
Lo que hay de telon adentro.
Pues no dudes, que si Job,
Varon de tan dulce genio,
Hubiera escrito algun drama,
De fijo pierde su crédito.

JUAN REDONDO Y MENDUÑA.

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.



APARICION DE LA VÍRGEN Á SAN PEDRO NOLASCO.

La Iglesia celebra en 24 de Setiembre, por especial decreto de Inocencio XII, la fiesta de Nuestra Señora de la Merced, redentora de cautivos, que habiéndose aparecido en Barcelona á San Pedro Nolasco, le declaró cómo era voluntad de su Hijo y suya que fundase una religion en su nombre para redimir cautivos, con obligacion de quedarse en prisiones, si fuese necesario, á fin de libertar á los que estuviesen en peligro de faltar á la fe. Tambien se apareció en aquel dia al rey D. Jaime de Aragon y á San Raimundo de Peñaflor, haciéndoles la misma expresa declaracion, por lo cual á la mañana inmediata se juntaron el rey y los dos Santos, y coincidiendo sus revelaciones, no pudiendo dudar que eran de Dios, trataron de cumplir la voluntad de la Reina del cielo, y fundaron el caritativo instituto de Nuestra Señora de la Merced ó Misericordia. Señalando el dia 10 de Agosto del año 1218 para su fundacion, se juntaron todos en la iglesia mayor de Barcelona, donde despues de haber predicado San Raimundo, vistió el hábito blanco á San Pedro Nolasco, y el rey le dió sus reales armas de Aragon.

La historia de los hijos de la Merced abunda en rasgos de sublime caridad.

JUANA Y ROSITA.



Juana y Rosita son unas niñas muy juiciosas. Ahí las tienen Vds. terminando su tocado como unas mujeres, y supliendo los olvidos de su mamá. Por ejemplo, habíase olvidado ésta de darles polvos de arroz, y Rosita se pone la cara más blanca que el papel, mientras su hermana le sostiene el espejo.



Concluido este importantísimo deber, las niñas resuelven consagrar el día á visitas, haciendo que las acompañen las hermosas muñecas que les ha regalado su papá. Micho, que es un gatito de buenas costumbres, mira á sus amas como reconviniéndolas porque le tienen olvidado.



Juana lo comprende así, y decide que el gato las acompañe en la expedición. Para ello, como no perdona ningún detalle, trata de adornar á *Micho* con un cuello, y en un momento le dispone aquel adorno con un periódico; pero el gato, que no se persuade fácilmente de las ventajas de ir acicalado, destruye fácilmente el adorno.



La escasa consistencia del papel hace pensar á la niña en otro vestido para su gato; y con una toalla pretende fajarle; pero el *Micho* se defiende.

—Peor para tí—dice su ama encolerizada.—Irás en pelo, aunque te constipes. No quiero nada con desagradecidos.



Juana hace que Rosita y el gato, agarrados del brazo, marchen delante de ella, como hacen las niñas cuando salen con su mamá. Por desgracia del padre de las mismas, la noche anterior dejó su sombrero sobre una silla, y Rosita no se perdonaría salir a la calle sin sombrero.



Rosita es muy pequeña para tantos cuidados, y en la necesidad de que no se escape el gato, deja caer el sombrero; ¡pero no importa! ¡Precisamente es nuevo y resiste bien los golpes!

Lo grave del caso es que van a salir al jardín. ¿Cómo llevar el sombrero y el gato? ¿Cómo resguardarse de la lluvia que amenaza?



No tardan las niñas en resolver el inconveniente. Juana llevará el paraguas de su mamá; el sombrero se convertirá en coche, del que tirará Rosita, y el gato y la muñeca irán dentro. ¡Otros niños se encuentran atados con la menor dificultad!



El rebelde *Micho* descomponen todos los planes, negándose á ser cómplice de las diabluras de Juana y Rosita.

La segunda parte de la historia será indudablemente ménos alegre, pues el papá de las muchachas tiene, entre otras manías, la de propinarles azotes, siempre que se exceden en sus travesuras.

UNA SIESTA BIEN APROVECHADA

(Continuacion.)

El achatamiento aparente del sol cuando sale, lo mismo que cuando se pone; los brillantes colores de que ordinariamente se revisten esas burbujas de agua de jabon que á veces os entreteneis en formar con una paja, etc., son otros tantos fenómenos debidos á la refraccion de los rayos del sol. Este astro, que es el principal foco de luz de nuestro planeta, es tambien su principal fuente de calor. Pero ¿qué es el calor? Segun la ciencia, no es más que el resultado de las vibraciones de las moléculas de los cuerpos calientes; segun nosotros, es la diferencia de temperatura que hay entre nuestro cuerpo y los objetos ó la materia que están en contacto con él. Si tomamos un objeto cuya temperatura sea más elevada que la de nuestra mano, decimos que está caliente; si aquélla es más baja que la de ésta, decimos que está frio. Pero nuestra mano puede engañarnos, y nos engaña en efecto, pues si tocamos un trozo de hierro y un pedazo de lana, expuestos á la misma temperatura, nos parecerá que el primero es más frio que el segundo, siendo así que los dos son igualmente frios ó calientes.

—¿Y cuál es la causa de eso?—preguntó Anita.

—La mayor ó menor facilidad con que los cuerpos se dejan penetrar por el calor,—contestó su papá,—ó, dicho en otros términos, su mayor ó menor *conductibilidad*. El hierro, lo mismo que todos los metales, es muy buen conductor del calor, y cuando ponemos la mano encima de él, nos roba el calor y nos causa una sensacion de frio. La lana, por el contrario, es un cuerpo mal conductor del calor, y en vez de robarnos el de la mano, le impide salir, y por esto nos parece más caliente que el hierro.

Ya veis, pues, que nuestro cuerpo es incompetente para regular y medir el calor de las diferentes materias con que puede ponerse en contacto. Mas como el calor tiene la propiedad de dilatar todos los cuerpos, se ha fundado en ella la construccion de un aparato destinado á medirlo, y es el conocido con el nombre de *termómetro*.

—¿Como ese que tiene Vd. en su estudio?—preguntó Rosita.

—Sí, hija mia,—contestó don Enrique;—pero los hay de diferentes sistemas y graduaciones, y el que yo tengo es de *Reaumur* y *cen-*

tigrado á la vez, que son los dos más generalmente usados. La observacion y la práctica han demostrado que la temperatura á que funde el hielo y aquella en que el agua entra en ebullicion son siempre las mismas. En el termómetro de Reaumur la diferencia entre estas dos temperaturas está dividida en ochenta partes iguales y en el centígrado en ciento, llamadas grados.

—¿Y cómo se sabe que el calor dilata los cuerpos?—preguntó Anita.

—¿Acaso no lo has observado tú misma?—preguntóla su papá.—Cuando llenas un puchero de agua y lo pones en la lumbre, ¿qué sucede?

—Que el agua hierve,—contestó Anita.

—Y al hervir se derrama,—añadió D. Enrique;—lo cual prueba que el agua caliente ocupa ma-

yor volúmen que el agua fria, y por consiguiente, que el calor la dilata. Y lo que éste hace con el agua lo hace igualmente con todos los cuerpos, ya sean sólidos, ya líquidos, ya gaseosos. Vosotras habeis visto más de una vez elevar globos cuyo interior se llenaba con lo que la gente llama comunmente humo.

—Sí, señor,—dijo Anita.

—Pues bien,—añadió su papá,—el fuego que se enciende debajo de ellos no es para llenarlos de humo, sino para calentar el aire que contienen, y como el aire calentado se dilata, pesa ménos que frio y los globos pueden flotar y elevarse en la atmósfera hasta encontrar una capa de aire tan rarificado ó dilatado como aquel de que están llenos.

(Se continuará.)

CELSO GOMIS.

ACTUALIDADES.

Con motivo de las fériás que se están celebrando, se encuentra muy concurrido el lindo teatrillo de Guignol, sito al lado de la fuente de Neptuno, en el Prado. La empresa, por su parte, corresponde al favor del numeroso público que llena constantemente las localidades, poniendo en escena graciosas comedias de costumbres y magnificas magias. El excelente sitio que ocupa el teatro y la amenidad de los espectáculos justifican el favor que la infantil concurrencia le dispensa.

★★

Los niños que deseando representar las comeditas que en LA NIÑEZ se publican no quieran estropear los números ni cansarse en sacar copias, pueden pedir ejemplares de la reimpresion hecha para la galería titulada *Teatro de Salon*. Acaban de ponerse á la venta, al precio de dos reales cada una, las tituladas *Contra avaricia* *largueza* y *La galantería*. La mencionada galería consta ya de catorce preciosas comedias.

★★

Un curioso invento anuncia el *Technic* de Nueva-York:

«Para encariñar á los niños á la economía, Mr. Bowen, de Filadelfia, ha ideado una alcancia de un nuevo género. Es de metal y tiene la forma de un perrito: cuando se le introduce por la boca cualquier moneda, el animal la engulle, moviendo los ojos y meneando el rabo en señal de agradecimiento, dejando oír al mismo tiempo un alegre y seductor ladrido.»

En el salon Liceo de Capellanes, donde actúa este año una compañía de verso y otra de baile, alternando las funciones con trabajos musicales y gimnásticos, llaman la atención actualmente los notables concertistas de guitarra Sres. Toboso y Romans, que son aplaudidos con entusiasmo en la interpretación de diferentes piezas de música clásica y otras populares.

Ha fallecido en Segovia el maestro de primera enseñanza D. Angel Jimenez Aparicio, comendador de la orden de Isabel la Católica, que durante setenta años ejerció

el sacerdocio de la instrucción primaria. R. I. P.

El Sr. D. Manuel Fernandez del Valle, natural de Grases, en Oviedo, que ha regresado á su pueblo natal despues de haber residido treinta años en Méjico, ha fundado una escuela pública, dotando al maestro de su bolsillo particular; ha construido un campo-santo para la parroquia, y costea importantes obras de reparacion en la iglesia. Es el más noble empleo que á las riquezas puede darse.

El diligente y activo director del concurrido Circo de Price, Mr. Parish, queriendo introducir en aquel coliseo el mayor número de novedades posible, ha contratado una compañía enteramente nueva, en la que son calurosamente aplaudidos todas las noches el gran número de artistas que en las funciones toman parte, distinguiéndose la amazona señorita Remedios, los hermanos Mariani en sus trabajos en el tapiz, y el popular y conocido clown Tony-Grice en sus graciosos intermedios.

SOLUCIONES Á LAS CHARADAS PUBLICADAS EN EL NÚM. 8.

Charada primera.—*Palitroque.*

Charada segunda.—*Mojama.*

Charada tercera.—*Locomotora.*

Han remitido soluciones los niños: Doña Eulalia Flores, Doña Jesusa de Granda, D. Juan Dieguez y D. José Lloret.

